

Esta es una pequeña muestra
del libro *El poder expulsivo de
un nuevo afecto.*

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2026 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!

*El poder expulsivo
de un nuevo afecto*

THOMAS CHALMERS

*Prólogo por
John Piper*



Mientras lees, comparte con otros en redes usando

#ClásicosPoiema

El poder expulsivo de un nuevo afecto

Thomas Chalmers

© 2025 por Poiema Publicaciones

Traducido con el debido permiso del libro *The Expulsive Power of a New Affection* © 2020 por Crossway.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas han sido tomadas de *La Nueva Biblia de las Américas* © 2005, por The Lockman Foundation.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, u otros, sin el previo permiso por escrito de la casa editorial.

Poiema Publicaciones

info@poiema.co

www.poiema.co

Impreso en Colombia

ISBN: 978-1-965296-34-9

SDG

251

Contenido

Prólogo	5
Prefacio de la serie	13
Breve biografía de Thomas Chalmers	17
El poder <i>expulsivo</i> de un nuevo <i>afecto</i>	21
Notas	67

Prólogo

¿QUIÉN FUE THOMAS CHALMERS (1780–1847)? Convertido a Cristo cuando ya ejercía el pastorado (1810) en Kilmany, Escocia, Chalmers llegó a ser profesor de filosofía moral en la Universidad de St. Andrews, y luego profesor de teología en la Universidad de Edimburgo.

Su influencia en la iglesia y la política en Escocia fue tan amplia que, según el geólogo Hugh Miller, de Chalmers “puede decirse más bien que ha *creado* una época y no que ha *pertenecido* a ella”. Y William Gladstone, el líder político británico más importante del siglo diecinueve, lo llamó “un hombre muy elevado por encima de la región de mera carne y sangre”. Se calcula que,

cuando Chalmers murió, la mitad de la población de Edimburgo asistió a su funeral (p. 764).

Durante su cátedra en St. Andrews, su pasión por las misiones mundiales fue tan inspiradora que seis de sus mejores alumnos se dedicaron a las misiones, lo que dio como resultado 141 años de servicio misionero en total.

Aunque influyó en la geología y la astronomía, la apologética cristiana, la ayuda a los pobres, la economía, la ortodoxia calvinista y el liderazgo eclesiástico (ayudando a formar la Iglesia Libre de Escocia), fue la fuerza de sus palabras la que dio efecto a todos estos esfuerzos. Según A. C. Cheyne, su poder de oratoria “rayaba en la hechicería” (p. 764). William Wilberforce escribió en su diario en 1817: “Todo el mundo está fascinado con el Dr. Chalmers” (p. 762). Pero ¿por qué? James Alexander, de Princeton, preguntó a John Mason cuando regresó de Escocia por qué

Chalmers era tan eficaz, y Mason contestó: “Es por su profunda seriedad”.

Al leer este famosísimo sermón de Chalmers, “El poder expulsivo de un nuevo afecto”, te sugiero que dejes que ese tono —profunda seriedad— influya en tu forma de leer. Es decir, no pienses que está bromeando. Es muy serio. Gozosamente serio.

Recuerdo que una vez me hicieron una pregunta engañosa: si tuvieras acceso a la más moderna maquinaria de un sofisticado laboratorio científico, ¿cuál sería la forma más eficaz de sacar todo el aire de un vaso de laboratorio? Uno reflexiona sobre las posibles maneras de expulsar el aire. Entonces se nos da la respuesta: llenarlo con agua.

Ese es el objetivo de este sermón. Su propósito es ser una iluminación de 1 Juan 2:15: “No amen al mundo ni las cosas que están en el

mundo. Si alguien ama al mundo, el amor del Padre no está en él”.

Chalmers se plantea la siguiente pregunta: ¿cómo puede el corazón humano liberarse de su *amor* por el mundo? (¿Cómo sacar todo el aire de un vaso de laboratorio?). Este “amor” no es un deber que se cumple. Es un placer que se prefiere. Es un afecto antes que un compromiso.

Dice que hay dos maneras de tratar de eliminar este afecto controlador del corazón. Una es demostrar que el mundo no es digno de nuestro afecto y que al final nos defraudará. (Este argumento corresponde a utilizar una bomba para succionar el aire del vaso de laboratorio). La otra consiste en mostrar que Dios es mucho más digno del apego del corazón, despertando así un afecto nuevo y más fuerte que desplaza al anterior afecto por el mundo. (Esto corresponde a echar agua en el vaso de laboratorio para

desplazar el aire). De ahí, “el poder expulsivo de un nuevo afecto”.

Así es como Chalmers expresa su propósito:

Mi propósito es mostrar que, desde la constitución de nuestra naturaleza, el primer método es totalmente inútil e ineficaz, y que el segundo método es el único que será suficiente para rescatar y recuperar el corazón del afecto erróneo que lo domina.

No pases por alto las palabras “desde la constitución de nuestra naturaleza”. Él argumentará “desde la constitución de nuestra naturaleza”, no desde una exposición del texto bíblico. Por eso dije antes que este sermón (¿o era una conferencia?; hemos perdido el marco histórico en el que se presentó) tiene el propósito de ser una *iluminación* (no una exposición) de 1 Juan 2:15.

Chalmers podía hacer exposición bíblica. Pero era científico y filósofo, así como predicador de textos bíblicos. Su contribución apologética, la cual le hizo tan popular en su época, consistió en demostrar que la moral bíblica está arraigada no solo en la autoridad religiosa, sino en las realidades profundas de cómo son realmente las cosas en el mundo. A esto se refiere cuando dice que argumentará “desde la constitución de nuestra naturaleza”. En otras palabras, apelará a lo que los incrédulos comunes pueden ver realmente sobre cómo funciona su corazón.

Sin quitarte la emoción de descubrir por ti mismo cómo Chalmers argumenta desde la naturaleza de nuestras almas hasta la realidad bíblica de 1 Juan 2:15, te daré un estímulo para que reflexiones a medida que lees. Una de sus ideas centrales sobre la “constitución” de nuestra naturaleza es que la naturaleza odia el vacío. Por eso no podemos desplazar el aire del vaso

de laboratorio con una bomba tan fácilmente como si lo hiciéramos vertiendo agua en él. El vaso vacío se defiende. Odia estar vacío. Exige contenido.

Chalmers argumenta que lo mismo ocurre con el corazón humano:

Tal es la tendencia del corazón humano a sujetar, que debe tener algo a lo que aferrarse y que, si se le arrebatara sin sustituirlo por otra cosa, dejaría un vacío tan doloroso para la mente como el hambre lo es para el sistema natural.

Por eso Chalmers piensa que es inútil intentar succionar los placeres pecaminosos del corazón humano con la bomba del miedo, si no ponemos un placer mejor en su lugar. Uno podría pensar que los humanos tienen la capacidad de

usar la fuerza de voluntad y la resolución para dejar de amar al mundo. Pero, según Chalmers, “el hábito no puede ser desplazado de tal manera que no deje tras sí más que un vacío negativo y desolado”. Eso, afirma él, es “la constitución de nuestra naturaleza”.

Hay más, mucho más, a medida que Chalmers penetra en la naturaleza del alma humana y en la naturaleza de la gracia regeneradora. Pero si sigo, estropearé tu búsqueda. Tal vez decidas, cuando termines de leerlo, que ha arrojado tanta luz sobre el funcionamiento de tu propio corazón en relación con 1 Juan 2:15 que su *iluminación* es, de hecho, una *exposición* muy poderosa de lo que Dios está comunicando en ese versículo.

John Piper

Fundador y maestro, desiringGod.org
Rector, Bethlehem College & Seminary

Prefacio de la serie

JOHN PIPER ESCRIBIÓ UNA VEZ que los libros no cambian a las personas, pero los párrafos sí. Esta concisa afirmación se acerca a la idea central de la serie “Clásicos Poiema”: algunos de los más grandes y poderosos mensajes cristianos son también algunos de los más breves y accesibles. La amplia corriente del cristianismo confesional contiene una asombrosa riqueza de sermones, ensayos, conferencias y otros escritos breves que trascienden las épocas. Estos mensajes han desafiado, inspirado y dado fruto en las vidas de millones de creyentes a lo largo de la historia de la iglesia y en todo el mundo.

La serie “Clásicos Poiema” tiene dos objetivos. Primero, preservar estos breves escritos históricos a través de nuevas ediciones de alta calidad. Segundo, transmitirlos a una nueva generación de lectores, especialmente a aquellos que no estén dispuestos o no puedan acceder a un volumen más extenso. Los contenidos breves son especialmente valiosos hoy en día, cuando el reto de concentrarse en un mundo distraído y en constante movimiento es cada vez más intenso. Los libros de la serie “Clásicos Poiema” presentan la gracia y la verdad penetrantes y centradas en el evangelio a través de un medio conciso y memorable. Al conectar a los lectores con estas obras accesibles, la serie “Clásicos Poiema” espera presentar a los cristianos a esos grandes héroes de la fe que las escribieron, ofreciendo obras representativas que nutren el alma e inspiran a un estudio más profundo.

Los lectores deben tener en cuenta que la ortografía y la puntuación de estas obras se han actualizado ligeramente cuando ha sido necesario. También se han añadido referencias bíblicas y otras citas cuando ha sido apropiado. Se ha mantenido el lenguaje que refleja el origen de la obra como sermón o discurso público. Nuestro objetivo es preservar en la medida de lo posible el texto auténtico de estas obras clásicas.

Nuestra oración es que el Espíritu Santo utilice estas breves obras para captar tu atención, predicar el evangelio a tu alma y motivarte a seguir explorando el cofre del tesoro de la historia de la iglesia, para alabanza y gloria de Dios en Cristo.

Breve biografía de Thomas Chalmers

THOMAS CHALMERS (1780–1847) nació en Fife, Escocia. Deseó ser ministro desde muy joven y fue ordenado pastor presbiteriano antes de cumplir los veinte años. Su talento intelectual y retórico le dieron enseguida fama de predicador poderoso en su parroquia.

Sin embargo, no fue hasta la lectura de la obra del evangélico y abolicionista inglés William Wilberforce que Chalmers se convenció profundamente de su necesidad de una fe y una transformación evangélicas personales. Ya ejercía

como pastor cuando experimentó este cambio radical en su teología, predicación y vida.

En 1843, Chalmers y cientos de pastores más de la Iglesia de Escocia salieron de ella por desacuerdos eclesiológicos. Formaron la Iglesia Libre de Escocia, de la que Chalmers fue su primer moderador, cargo que ocupó hasta su muerte.

Aunque Chalmers era un erudito brillante—fue catedrático de filosofía moral en la Universidad de St. Andrews durante cinco años y llegó a ser miembro de la Real Sociedad de Edimburgo—, sus escritos y predicación reflejan profundamente un deseo urgente de que los cristianos experimenten el poder transformador de Cristo en toda la vida. Rechazó categóricamente la teología formalista y no sobrenatural del modernismo que dominaba a muchos en su época. Fue un defensor de los pobres y se comprometió activamente con la política para aliviar la pobreza.

Al igual que sus contemporáneos Wilberforce y John Newton, Chalmers adoptó una visión integral de la vida cristiana, exhortando a los creyentes a vivir sacrificialmente y con gozo las implicaciones transformadoras del evangelio.

EL PODER EXPULSIVO DE UN NUEVO AFECTO

*“No amen al mundo ni las cosas
que están en el mundo. Si alguien ama
al mundo, el amor del Padre no está en él”.*

1 Juan 2:15

I

HAY DOS MANERAS EN las que un moralista práctico puede intentar desplazar del corazón humano su amor al mundo: demostrando la vanidad del mundo, de modo que el corazón se vea obligado a retirar su atención de un objeto que no es digno de ella; o presentando otro objeto —a Dios mismo— como más digno de su apego, de modo que el corazón se vea obligado, no a renunciar a un antiguo afecto, el cual no tendrá nada que le sustituya, sino a cambiar un antiguo afecto por uno nuevo.

Mi propósito es mostrar que, desde la constitución de nuestra naturaleza, el primer método es totalmente inútil e ineficaz, y que el segundo

método es el único que será suficiente para rescatar y recuperar el corazón del afecto erróneo que lo domina. Una vez logrado este propósito, intentaré hacer algunas observaciones prácticas.

El amor puede considerarse en dos condiciones diferentes. La primera es cuando su objeto está a la distancia, y entonces se convierte en amor en un estado de deseo. La segunda es cuando su objeto se posee, y entonces se convierte en amor en estado de gratificación.

Bajo el impulso del deseo, el hombre se siente movido a emprender algún camino o llevar a cabo alguna actividad para satisfacerlo. Las facultades de su mente se ponen en marcha intensamente. En la dirección constante de un gran interés absorbente, su atención es reorientada de las muchas divagaciones en las que, de otro modo, podría haberse perdido. Las fuerzas de su cuerpo se ven obligadas a alejarse de una indolencia en la que, de otro modo, podría haber

languidecido. Y ese tiempo está completamente ocupado, el cual, de no ser por algún objeto de ambición entusiasta y devota, podría haber derivado en muchas horas de cansancio y disgusto. Y aunque la esperanza no siempre aviva, y el éxito no siempre es el resultado final de esta carrera esforzada, sin embargo, en medio de esta misma variedad, y con las alternancias de la frustración ocasional, la maquinaria de la persona entera se mantiene en una especie de juego grato y en el tono y temperamento que le son más agradables.

De tal manera funciona la persona que, si se eliminara ese deseo que origina todo este movimiento, y la maquinaria se detuviera y no recibiera ningún impulso de otro deseo en su lugar, el hombre quedaría con todas sus inclinaciones a la acción en un estado de abandono sumamente doloroso y antinatural. Un ser sensible sufre y es objeto de violencia si, después de haber descansado completamente de su fatiga o de haber

sido aliviado de su dolor, continúa en posesión de poderes sin nada que motive el uso de estos poderes; si posee una capacidad de deseo sin tener un objeto de deseo; o si tiene una energía sobrante sobre su persona sin una contraparte y sin un estímulo para hacerla funcionar.

A menudo se da cuenta de la miseria de tal condición quien está retirado de los negocios, retirado de la abogacía, o incluso retirado de las ocupaciones de la caza y de la mesa de juego. Tal es la demanda de nuestra naturaleza de buscar algo, que ninguna acumulación de éxito anterior puede extinguir esa búsqueda, y así es que el comerciante más próspero, el general más victorioso y el jugador más afortunado, cuando la labor de sus respectivas vocaciones ha llegado a su fin, a menudo se encuentran sufriendo en medio de todas sus posesiones, como si estuvieran fuera de su ambiente y lejos de lo que les da felicidad. Es realmente en vano, con tal apetito natural en el

hombre por el trabajo, intentar quitarle la fuente o el principio de un trabajo sin darle otro. Todo el corazón y el hábito se levantarán en oposición a tal intento. La mujer más desocupada que pasa las horas de cada tarde en algún juego de azar, sabe tan bien como tú que la ganancia económica o el triunfo honorable de un concurso exitoso son totalmente insignificantes. Una demostración de la vanidad de este tipo de actividad no es lo que la obligará a alejarse de su querida y placentera ocupación. El hábito no puede ser desplazado de tal manera que no deje tras sí más que un vacío negativo y desolado, aunque sí puede ser suplantado de tal manera que sea seguido por otra ocupación habitual, la cual constriñe a la mujer por el poder de algún nuevo afecto. La actividad se suspende de buena gana, por ejemplo, una noche cualquiera, si el tiempo que se suele dedicar al juego debe emplearse en los preparativos de una reunión que se aproxima.

El poder ascendente de un segundo afecto hará lo que ninguna exposición de la insensatez e inutilidad del primer afecto, por forzosa que sea, podría realizar jamás.

Y lo mismo ocurre en el mundo entero. Nunca seremos capaces de detener ninguna de sus principales actividades mediante una demostración evidente de su vanidad. Es realmente en vano intentar detener una de estas actividades de otra manera que no sea estimulando otra. Al tratar de detener a un hombre mundano, atento y ocupado en la persecución de sus objetos de deseo, no solo tenemos que encontrarnos con el encanto que él atribuye a dichos objetos, sino que tenemos que encontrarnos con el placer que él siente en la persecución misma de ellos. No basta, pues, con disipar el encanto mediante una exposición moral, elocuente y conmovedora de fugacidad. Debemos presentar a los ojos de su mente otro objeto, con un encanto lo

suficientemente poderoso como para despojar al primero de sus influencias y comprometerlo en otra acción tan llena de interés, esperanza y agrado como la primera.

Es esto lo que hace impotente toda la oratoria moral y patética sobre la insignificancia del mundo. Un hombre preferirá someterse voluntariamente a la tortura antes que aceptar la miseria de estar sin un objeto de deseo, solo porque ese objeto sea algo insignificante, o de estar sin perseguir algo, solo porque esa búsqueda termine en alguna adquisición trivial o pasajera. Al menos, esa tortura será de corta duración. Si estar sin deseo y sin esfuerzo es un estado cruel e incómodo, entonces el deseo presente, con su correspondiente esfuerzo, no puede ser eliminado simplemente destruyéndolo. Debe ser sustituido por otro deseo y otra línea o hábito de esfuerzo. Y la manera más eficaz de apartar la mente de un objeto no es alejándola hacia un vacío desolado y

despoblado, sino presentándole otro objeto aún más cautivador.

Estas observaciones no solo se aplican al amor considerado en su estado de deseo por un objeto que aún no se ha obtenido. Se aplican también al amor considerado en su estado de gratificación, o plácida satisfacción, con un objeto ya poseído. Rara vez se hace desaparecer alguno de nuestros gustos por un mero proceso de extinción natural. Por lo menos, es muy raro que esto se haga por medio del razonamiento. Quizás puede hacerse por medio de la complacencia excesiva, pero casi nunca por la mera fuerza de la determinación mental. Pero lo que no puede ser destruido puede ser desposeído, y se puede hacer que un gusto ceda el paso a otro y pierda por completo su poder como afecto reinante de la mente.

Es así como el niño deja, finalmente, de ser esclavo de su apetito, pero es porque ahora un

gusto más masculino lo ha subordinado. Así es como el joven deja de idolatrar el placer, pero es porque el ídolo de la riqueza se ha hecho más fuerte y ha conseguido el dominio. Así es como incluso el amor al dinero ha dejado de gobernar el corazón de muchos ciudadanos prósperos porque, arrastrados por el torbellino de las políticas urbanas, otro afecto se ha introducido en su sistema moral, y ahora está dominado por el amor al poder.

Esperamos que hayas disfrutado de
esta pequeña muestra del libro
El poder expulsivo de un nuevo afecto.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2026 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!